

# LA EXISTENCIA DE LO ABSOLUTO EN LA ACTITUD ESTÉTICA DEL HOMBRE

Por *BERNARDO SIEBERS*,

*Misionero del Sagrado Corazón  
Profesor de la Universidad Católica del Perú.*

El famoso filósofo católico, Bernhard Rosenmöller, catedrático de Filosofía en la Universidad de Münster, publicó hace algunos años un libro, titulado *Filosofía de la Religión* que llamó la atención de los círculos intelectuales.

La primera parte de dicho libro muestra que el hombre en su actitud personal-espiritual reconoce la existencia de lo absoluto o mejor dicho del Absoluto. Y más aún, afirma que cualquier actividad personal y espiritual sería imposible sin este reconocimiento, desde luego implícito. Desde este punto de vista el autor investiga el pensamiento metafísico, la actividad artística, el goce estético y la actitud ética.

En el presente artículo me propongo resumir brevemente las ideas principales que Rosenmöller desarrolla en el segundo capítulo del citado libro.

*He aquí su tesis:* Al analizar la actividad artística y la actitud del alma frente a la belleza y sublimidad de la Naturaleza y de la obra de arte, llegaremos a resultados que corresponden perfectamente a los conocimientos que pudimos sacar de la descripción del pensamiento metafísico: es decir, que la actitud estética es algo propio del hombre. Ella también sería imposible si no hubiera en nuestra actividad conocitiva ninguna idea, por imperfecta que sea, de lo absoluto. Esta actitud estética encierra a la vez un movimiento hacia lo absoluto, movimiento que está unido con la actitud estética tan estrechamente que no puede ser separado de ella.

Esta tesis la prueba en la forma siguiente:

1) *La descripción fenomenológica de la actitud estética*

La afirmación de que la actitud estética es algo propio de todos los hombres, es decir, que el hombre solamente se desarrolla según su naturaleza si llega a la contemplación espiritual de la belleza del sér, no puede ser confirmada por la estadística pero tampoco refutada por ella. La objeción de que muchos hombres tengan en el campo estético defectos de índole sensual, no dice nada contra nuestra tesis por no estar unida la intuición estética con ninguna esfera determinada de la sensibilidad.

Sin embargo concedemos que tampoco podemos dar un argumento positivo para probar la actitud estética general por el hecho de que todos los hombres tengan cierta receptividad sensorial para las impresiones agradables y atractivas, porque la actitud estética pertenece al espíritu y no a los sentidos.

La índole de esta misma actitud es tal que no tiene una relación casual con la esencia del espíritu humano, antes bien su esencia racional, que está ordenada metafísicamente hacia el ser metafísico, implica tal actitud. Y en verdad, a la reflexión metafísica se manifiesta esta actitud estética como un desarrollo propio de la esencia del espíritu humano.

El análisis de la actitud estética ha de comprobar esta afirmación. Pero al intentarla, se nos presentan grandes dificultades. ¿Es posible entenderse en el campo estético sin tomar como base las experiencias subjetivas? Por eso las investigaciones estéticas se encuentran, después de la fundamentación genial de Platón, en cierto estancamiento y no llegan a la concretización de una tesis común. Siendo así trataremos de caracterizar la índole de la actitud estética, tomándola de la misma experiencia estética, según algunos rasgos esenciales en cuanto acusen cierta importancia para nuestro fin.

La actitud estética está dirigida, como la metafísica, hacia la verdad y rectitud ontológicas. Pero no llega, como el pensamiento metafísico, hasta el conocimiento de que las cosas tienen este o ese sentido. Más bien tales actos discursivos destruirían la genuina actitud estética. Podríamos conceder que a veces se necesita poseer muchos conocimientos para poder captar estéticamente el contenido de una obra de arte. Pero la captación misma no es sino ri-

gurosamente conocimiento intuitivo (anschaulich). Pero intuitivo en el sentido de una visión directa de la verdad ontológica, o más bien de una mirada espiritual a través de la representación sensitivo-espiritual. Lo que se mira es la representación, lo que se capta por la visión, es lo representado. La representación no es solamente expresión de algo, sino también expresión de algo para seres que reciben esta notificación. Si un contenido valioso quiere ser representado en forma hermosa, entonces esta manera de representarse debe corresponder a la capacidad receptiva del sujeto. Estos medios de representación evocan la primera idea de lo bello. Se representan bellos en sí mismos, como los colores y sonidos, pero además tienen la función de ofrecer, a través de estos medios hermosos, el contenido valioso, de una manera hermosa. Lo representado pues, no es dado intuitivamente al espíritu en su realidad existencial, sino más bien por una representación. Pero ¿qué cosa es representada? Nos parece que únicamente lo realmente existente. En este caso: ¿qué valor tiene la representación? No la función de imitar pero sí de revelar más lo real, de descubrir su verdad. No para aumentar el conocimiento sino más bien para hacer gozar al espíritu de la sublimidad, de la belleza de su orden metafísico.

Las cosas están en la verdad y rectitud ontológicas, es decir, reflejan e imitan la verdad y rectitud absolutas.

La visión inmediata de su esencia verdadera y de su ordenación metafísica supondría la visión de la rectitud divina y de su belleza, de la cual las cosas son únicamente vestigios, sombras y reflejo simbólico.

La realidad contingente es hermosa de veras y sublime, por ser reflejo de la sublimidad absoluta. Pero la realidad se nos presenta en su contingencia. Tal representación no puede ser más que una manifestación velada. Por lo general no llegamos a adivinar a través de esta representación efectiva las relaciones que tienen las cosas con la belleza absoluta. Sin embargo esta visión es posible en cada cosa existente. La falta de ella se debe a la debilidad de nuestra facultad intuitiva y a la deficiencia de nuestra prontitud psicológica para recibir plenamente las impresiones estéticas: prontitud indispensable si se ha de llegar hasta la belleza óptica de la Naturaleza y de la obra de arte.

## 2) *El goce estético de la Naturaleza*

La belleza de la Naturaleza se manifiesta por los medios en los cuales se nos presenta: colores, líneas, figuras, que agradan a nuestra vista, invitando a nuestra intuición sensitivo-espiritual a descansar en una emoción feliz. Pero todo esto podría llamarse actitud pre-estética. Sólo en el momento en que esta esfera representativa se vuelva trasparente para la visión espiritual, sólo cuando a través de esta esfera se revele al espíritu la belleza del orden metafísico, habrá intuición estética verdadera. El espíritu no se pega a la capa representativa, más bien es llevado por ella, no a un mundo de las apariencias y de la fantasía arbitraria sino a la realidad metafísica y a su belleza que apunta hacia lo absoluto. La esfera de lo metafísico está presente en la representación.

El alma responde a lo visto de un modo muy significativo. Su conciencia se suelta del atamiento terrestre y se traslada a un mundo más allá. Entonces se pone delante de su conciencia este mundo en una belleza inexhaustiva, la cual hace al alma vislumbrar una belleza absoluta, encendiendo al mismo tiempo amor a esta belleza. Hay en el goce estético de la Naturaleza unas delicias indecibles y sin embargo no perfectas, más bien indicadoras de una felicidad más perfecta aún cuyo goce no es concedido al alma aquí en la tierra.

El tránsito, que el alma vive en el goce estético de la Naturaleza tiene cierta analogía con el de los místicos. Como en el éxtasis místico, la actitud estética es también en cierto sentido un "desvanecimiento" (Entwertung) y la visión un posesionarse de lo indecible.

Sin embargo no se da la presencia misma de lo absoluto, pero sí el conocimiento de estar guiado hacia una belleza absoluta, hacia una lejanía infinita, vislumbrada de alguna manera, en la representación. Claro está que únicamente en la actitud estética misma se puede constatar este hecho. Platón lo atestigua y muchos lo han seguido. Un indicio indirecto se desprende de la gran propagación del panteísmo estético. El se explica únicamente por la falsa y precipitada interpretación de la genuina vivencia estética.

Inseparable, pero también distinta de esta visión de la belleza del Cosmos, es la aprehensión de su indecible *sublimidad*. En ella el espíritu tampoco se detiene en la representación, ni ve lo real en

si mismo, pero sí, a través de la representación, en su grandeza y sublimidad que apunta a lo absoluto. Ni temor ni miedo deprimen al espíritu. La sublimidad de lo visto eleva al espíritu del atamien- to de los impulsos, despertando esta reverencia adivinadora por la naturaleza que encierra también la reverencia para con el fondo misterioso del Cosmos.

### 3) *El goce estético de las obras de arte*

El arte, en su desarrollo primitivo, representó con suma sencillez, este mundo de lo real que tanto preocupa al espíritu humano. Sería obra de artesano el hacer bellamente objetos que solo sirven a las necesidades del hombre. El arte mismo conduce a los héroes y dioses en medio de la vida del pueblo, los imita a ellos mismos y a sus hazañas, los celebra en los cantos y bailes, les construye templos y los presenta en piedra y metal.

A muchos de los grandes artistas de las épocas arcaicas les faltaba seguramente la intención de evocar la emoción estética del pueblo que contemplara sus obras de arte. Al dedicarse y entregarse por completo a lo metafísico, nacieron estas obras de arte inmortales que tanto admiramos en las catedrales medioevales. En el altar mayor se representó a Dios Padre y al Espíritu Santo, a los Angeles y Santos, siendo así que todos asisten al sacrificio del Cordero divino. Toda la Iglesia está llena de figuras del Antiguo y Nuevo Testamento, de toda clase de creaturas. Todos ellos debían estar presentes en la celebración del Misterio.

Es verdad que los artistas dominaban perfectamente la técnica del arte, puesto que trabajaban sobre el fundamento de una tradición larga y segura. Pero esta técnica era únicamente un supuesto natural. Servían a una realidad superior, a los valores del espíritu y lo que creaban en este servicio era de veras actualización de la realidad suprasensible, es decir, querían por la representación estética, hacer transparente lo real en sus relaciones con el absoluto.

Pero se podría objetar que lo que acabamos de decir, vale, quizás para el arte religioso, pero no para el arte general. Sin embargo las obras famosas del arte antiguo contradicen a esta objeción.

Las mejores estatuas de los atletas, que nos transmitió esta época, muestran claramente que en estos bellos cuerpos no querían imitar figuras al azar, sino más bien representar la esencia del cuerpo mismo y de sus movimientos, según su rectitud metafísica; lo que

de hecho se logró. Si el artista no llegaba a representar lo esencial, es decir, la rectitud ontológica, entonces no lograba realizar una obra de arte. Concedemos de antemano que a veces será muy difícil ponerse de acuerdo sobre si se trata de una verdadera obra de arte o no. Las formas exteriores a veces nos engañan, y nosotros mismos las interpretamos según nuestros conceptos subjetivos. Mucho dificulta el hecho de que estilos antiguos y representaciones de cultura ajena no hablan a nuestros sentidos. Ante esas obras permanecemos con los brazos cruzados sin poder interpretar formas tan extrañas. Pero dicha imposibilidad de interpretación no afecta todavía el valor verdadero de esas obras. Ese valor depende de otros factores.

Así, un retrato no sería obra de arte, si fuera solamente una copia de la realidad natural. Debe más bien expresar de una manera nueva y en el lenguaje artístico, la relación esencial que cada persona tiene, de un modo inalterable, para con el absoluto.

El pintor de un paisaje también compromete su misión artística al copiar los colores, las luces y las líneas, tal como la Naturaleza los ofrece. Debe ver la realidad y en estos colores y líneas revelar el brillo de lo real. Si el pintor no consigue representar la belleza de lo metafísico del ser en una forma nueva, es decir, artística ¿para qué sirve entonces la repetición de lo que vemos en la Naturaleza de una manera más bella y más brillante?

#### 4) *El goce estético de la Poesía*

La alta poesía es el mejor testimonio de la verdad de nuestra tesis. Hablamos de arte poética únicamente cuando la forma presenta de veras el contenido en su profundidad metafísica y con una transparencia que corresponde a la sublimidad y belleza del mismo contenido. La forma ha de ser intachable. Sin embargo, el más pulido y limado lenguaje es de ninguna importancia, si no expresa cosas trascendentales. Un drama, en el cual el contenido representado no está en la rectitud ontológica, ni transparente el orden absoluto, ni coopera con los poderes suprasensibles, nunca será una tragedia verdadera. Es más bien entretenimiento y diversión. Tal obra sería de menor valor que una comedia que no pretende más que despertar la alegría ingenua frente a la variedad de la vida humana. Forma y contenido deben ir juntos. Donde no hay forma,

no habrá transparencia del contenido, donde no hay contenido, la forma será engaño del espíritu.

### 5) *La peculiaridad de la Música*

Sin embargo, en la música la relación con la realidad es completamente diferente. No podemos aplicar a la música la correlación de forma y contenido, sino en un sentido metafórico. En el fondo conserva la música genuina su autonomía frente al texto acompañante y a los sentimientos que por ella se expresan. No se puede decir que la melodía es la forma para expresar esa o aquella idea, esos o aquellos sentimientos. La melodía no expresa nada más que a sí misma. Pero siendo así que tal melodía tiene el carácter de una elevación sublime, el músico cantará con ella un "Gloria" o un "Benedictus". Y con otra, por su gravedad y penetración, el "Mea culpa" o el "Kyrie". Y hasta, por ser *su* Gloria y *su* Kyrie, resonará en estas melodías su afecto personal, su amor y su dolor, su entusiasmo y su reverencia. La melodía va expresando con este contenido, los más profundos sentimientos personales del espíritu en toda veracidad y unicidad. Pero no obstante, la melodía sigue la misma, y cuanto más claramente se destaca, tanto más capaz será de ser sentida y cantada como Gloria o llamada de perdón.

Qué relación tiene pues la música con la realidad? Hemos visto que en las demás artes lo existente se manifiesta a través de la forma como realidad atenuada. La realidad actual no es contemplada como tal ni por sí misma, sino únicamente como la actualidad que representa. El actor por ejemplo no es Macbeth, sino lo imita. La realidad representada no está presente. El espectador se la figura. Muy diferente es el caso en la música. Allí no hay actualidad y realidad atenuadas, que representen de alguna manera la realidad verdadera. Allí tenemos el "Melos", orden sonante, que de veras y efectivamente está presente en el espíritu receptor como armonía del Cosmos. Nació una nueva esencia, una nueva forma, llevada por nuestro espíritu y sigue real hasta que nuestro espíritu tenga deseo o capacidad de retenerlas.

Siendo tan estrecha la relación entre la música y la realidad en el mismo sentido real que aquella que captamos en el arte plástico y en la poesía por medio de la representación.

No entramos de veras aquí en otro mundo, en el mundo de nuestra fantasía y del sueño? No olvidemos que se trata de una nueva

forma en la música. Ciertamente, una nueva esencia, un nuevo "Eidos" pero no por eso el producto de nuestra fantasía que actúa según su capricho. Más bien se trata de una creación que comprueba su recitividad con la misma evidencia que las formas del espíritu matemático. La melodía que nos construimos espiritualmente al oír los sonidos, se muestra llena de sentido y de valor, por no ser otra cosa que "Ordo Sonañs", armonía existencial de la estructura racional del Cosmos.

Como producto sentencioso de nuestro espíritu, pertenece al Cosmos, es parte integrante del Cosmos. De ninguna manera consideramos el mundo de la música como un mundo fantástico, como un reino quijotesco de nuestra fantasía. Cuando nos sentimos trasladados a otro mundo, entonces en nuestra experiencia interior nos vemos únicamente libertados del ambiente terrestre, al cual estamos atados con todas nuestras pasiones. Quizás no hay goce estético que nos haga vivir tan de inmediato el tránsito más allá de un mundo de lo realmente actual, como el goce musical.

La apercepción estética consiste exactamente en que en ella captamos lo existente según su belleza óptica. Esto existente es un orden que se ofrece por los sonidos de una manera brillante.

Sin embargo, no agotamos esta belleza. Es así que no podemos separar del goce musical la clara convicción de que este orden, que luce resonando en nosotros, apunta hacia una belleza inagotable más profunda aún. El Eros hacia una belleza absoluta está tocado, y un presentimiento de belleza absoluta se despierta en nosotros al escuchar una música verdadera que ocupa nuestro espíritu.

Encontrándose en el "Melos" una forma auténtica, este "Melos" no está aislado en el Cosmos de los órdenes metafísicos, sino más bien relacionado con todo el mundo de los "Analogata" y por ser "Analogatum" tendrá su relación directa con el "Princeps Analogum", es decir con la armonía eterna y perfectísima, con el Absoluto.

Por eso, la música, hasta la época clásica, era esencialmente religiosa. El hombre músico aprendió en el melos la relación para con Dios, vio en la gloria del orden sonante la glorificación de Dios. La clásica y el romanticismo escucharon en la obra de arte musical el sonar de los órdenes cósmicos morales, y eso de una manera tan impresionante que el mismo Hegel y Schopenhauer, engañados por



la magia de la música, la interpretaron como la objetivación de lo absoluto.

6) *El movimiento personal en la actitud estética*

La cuestión acerca de las diferentes maneras de la actitud estética ya está aclarada, en cierto respecto, por lo que acabamos de exponer. Pero hay que añadir algunas aclaraciones para hacer más patente esta actitud en relación con la belleza de la Naturaleza y de la obra de arte.

No todos tienen, en cada uno de los campos estéticos, la facultad de valorizar y gozar de lo bello. Y aunque dada esta facultad en la índole sensitivo-espiritual, no siempre llega al desarrollo que correspondería a su naturaleza y al objeto. Las formas y ritmos, colores y sonidos, que se ofrecen, tienen su propio brillo. El que posee la actitud estética más desarrollada ve esta belleza de la superficie con mayor viveza, corriendo por eso constantemente el peligro de entregarse a ella, porque ella lleva un valor que impresiona vivamente la facultad receptiva que se abre al valor sensible. En el goce estético el gozante capta este valor y se entrega a él. Esta entrega puede referirse al objeto y al sujeto. Sin embargo podemos distinguir dos actitudes fundamentales en este goce. Al subrayar el lado del sujeto, el estético goza de su propio goce que tiene del objeto, mientras al subrayar el lado del objeto, el estético se entusiasma por la belleza superficial de lo que se ofrece. En ambos casos el gozante se detiene dentro de la esfera de sus impulsos sensitivo-espirituales.

Sólo la actitud personal da al hombre la posibilidad de entrar en la esfera superior de la belleza y del arte. Sólo con esta actitud la capa superficial ejerce su función representativa. Tal función es doble. Primero representa el valor óntico a la fantasía estética, segundo, este valor tiene que revelarse en una esfera de belleza que corresponda a tal valor. La belleza de la superficie ha de revelar una capa más honda de lo bello, en la cual se ofrece de veras el contenido real del valor verdadero.

Así es que la actitud verdaderamente estética exige un doble movimiento hacia el valor. En primer lugar un movimiento metafísico hacia el valor óntico representado. Tal movimiento sólo es posible al captar el valor según la relación que tiene con un valor óntico absoluto, que por supuesto, debe ser conocido de alguna mane-

ra y reconocida también la existencia de un sujeto absoluto, portador de ese valor. Es por ese reconocimiento que tal movimiento se caracteriza como actitud personal, que performa la tendencia síquica y espiritual, convirtiéndola en un movimiento libre.

Sin embargo, para que llegue tal movimiento a una valorización *estética*, no puede realizarse aisladamente. Pues en tal caso el hombre contemplante (por ejemplo de una obra de arte) captaría el valor sólo por el camino de una valorización, digamos, religiosa, ética o metafísica y el valor se presentaría pues, únicamente según esta actitud valorativa. La captación estética sería imposible. Por eso, el que contempla para llegar a la captación estética de una obra de arte, ha de tomar el camino valorativo por la misma representación bella hacia la alta esfera de lo verdaderamente bello y así comprenderá la revelación de lo objetivo en el lenguaje de la belleza misma. Esta subida también ha de ser libre de cualquier atamamiento egoísta por ser un movimiento espiritual y personal hacia el absoluto.

#### 7) *El papel de la analogía en la actitud estética*

Todo el que tiene la dicha de entrar en esta esfera de lo bello sabe de alguna manera, que la belleza apunta hacia la belleza absoluta. De hecho, pues, hay dos capas sobrepuestas, la capa exterior, que nos trasmite el valor estético de impresión, es la expresión análoga de una capa superior, análoga también, que por su parte consiste esencialmente en hacernos adivinar la belleza absoluta, descanso verdadero de nuestro Eros estético.

Pero la esencia de la analogía es tal que sólo puede ejercer su función representativa cuando el sujeto conocente ya tiene cierto conocimiento de aquello hacia lo cual apunta la analogía. Es verdad que lo análogo notifica el ser al cual se refiere, pero no por primera vez. Por ejemplo no se puede interpretar siluetas sin tener ciertas nociones de cosas reales, de la luz y de sus efectos. Apoyado en estos conocimientos uno ve las siluetas en analogía con cosas reales. La captación estética es análoga también. Una analogía, pues, entre lo existente y lo absoluto nunca puede resultar de lo existente solo. Por eso el hombre no puede captar lo verdaderamente bello sólo de una obra de arte.

Porque lo bello es primordial y esencialmente belleza absoluta, la sublimidad y hermosura de la naturaleza y de la obra de arte se manifiestan como tal únicamente en relación con la belleza absoluta

por no ser más que trasunto y reflejo. Al no tener idea alguna de lo absoluto ni refiriéndola a lo contemplado, no vislumbraríamos lo que es sublimidad y belleza estéticas. Pero siendo así que la aprehensión estética verdadera se refiere a lo real, ya por eso mismo es reconocida la existencia de la belleza absoluta, cuando el Eros enamorado se abre a lo bello, entrando en esta intranquilidad que describe Platón en el Simposión de una manera insuperable.

#### 8) Conclusiones

El resultado de esta investigación es de gran importancia filosófico-religiosa. Muestra que el hombre estético no puede desarrollar sus facultades sin tener ningún conocimiento del Absoluto, debiendo por lo tanto tomar posición, a lo menos implícita, frente al Absoluto existente. Pero, al inclinarse el hombre, por un movimiento libre, hacia lo bello, ya no le basta la belleza puramente transparente. Más bien hay un deseo natural de gozar de la belleza absoluta. Pero aunque a este movimiento estético no corresponda otra belleza, directamente accesible, que la análoga, esta misma analogía indica que se trata de una tendencia que se dirige hacia la belleza absoluta.

Sin embargo, no por eso ya podemos hablar de un movimiento religioso. Eso implicaría franca profesión. Pero sí, podemos afirmar que incluye cierto reconocimiento de Dios por imperfecto que sea. Siendo el movimiento estético al mismo tiempo metafísico, por captar el contenido de la obra de arte según sus relaciones metafísicas, forma parte integrante de la actitud estética este reconocimiento implícito del valor esencial de Dios. El goce de lo bello da al Eros estético un descanso agradable en los campos de los eternos valores. Claro está que el objeto directo del goce estético es un bien contingente, pero que es amado por su belleza análoga, con entrega personal del gozante. Todo eso parece excluir cualquiera duda de que en el fondo la actitud estética se dirige hacia lo bello absoluto. Pero donde hay movimiento, aunque implícito, hay también tendencia natural a desarrollarse. Esta misma tendencia natural de la actitud estética hacia lo absoluto podríamos por ende caracterizar con las palabras de San Agustín: "O Dios, nos hiciste para Ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti".

*Bernardo SIEBERS.*